

## Pulgarcito

**PADRES:** *La gente en muchos países cuenta diferentes historias sobre un tipo pequeño llamado Pulgarcito. Esta versión es de Alemania, recopilada por los Hermanos Grimm. Ustedes podrían encontrar interesante leer esta historia a su hijo junto con la historia anterior, un cuento popular de Japón llamado “Issun Boshi” (El niño que medía una pulgada). Al final de esta historia, ustedes encontrarán sugerencias para leer otras historias similares de diferentes países.*

Había una vez un granjero pobre que solía sentarse y atizar el fuego mientras que su esposa estaba sentada en su torno de hilar. Noche tras noche el hombre soltaba un gran suspiro y decía, “Qué triste es no tener hijos. Nuestra casa está tan silenciosa, mientras que las de los demás son muy ruidosas y alegres.”

“Sí, es verdad,” decía la esposa. “Si tan sólo tuviéramos un hijo. Pues, me contentaría con tener uno no más grande que mi pulgar.”

Un tiempo después, ella tuvo un pequeño niño, que era fuerte y saludable en todos los aspectos—pero, era del tamaño de un pulgar. El hombre y la mujer decían, “Aunque sea pequeño, lo amaremos mucho.” Ellos lo llamaron Pulgarcito. Y cuando Pulgarcito se hizo mayor, demostró ser un chico muy inteligente.

### ILUSTRACIÓN

Un día, cuando el padre de Pulgarcito se alistaba para ir al bosque a cortar leña, dijo, “Me gustaría que hubiera alguien que tomara el caballo y la carreta y fuera a mi encuentro.”

“Yo lo haré,” dijo Pulgarcito.

“Pero, ¿cómo vas a hacerlo?” dijo riendo su padre. “Tú todavía eres demasiado pequeño para llevar las riendas.”

“No te preocupes por eso, padre,” dijo Pulgarcito. “Pídele a mamá que ponga los arreos al caballo, entonces. Me sentaré en la oreja del caballo y le indicaré el camino que seguir.” Así es que su madre puso los arreos al caballo y sentó a Pulgarcito en la oreja del caballo. Pulgarcito llamó: “¡Arre!” El caballo empezó a caminar.

Ahora bien, sucedió que, cuando el caballo y la carreta volteaban una esquina, dos extraños pasaban por allí y uno de ellos escuchó a Pulgarcito dirigiendo al caballo.

“Mira,” dijo a su amigo, “allí va una carreta y el conductor va dirigiendo a su caballo, pero no se ve al conductor por ninguna parte.”

“Sigámoslo y veamos a donde va,” dijo su amigo.

Entonces, siguieron al caballo y la carreta al lugar donde el padre de Pulgarcito estaba cortando leña. Cuando él divisó a su padre, gritó: “¡So, chico! Mira, padre, aquí estoy con la carreta. Ahora, ayúdame a bajar, por favor.”

El padre de Pulgarcito lo sacó de la oreja del caballo y lo sentó en una cepa. Cuando los dos extraños vieron esto, uno de ellos se volvió hacia el otro y le dijo al oído, “¡Mira, este tipo pequeño podría hacernos ricos! Lo llevaremos a la ciudad y cobraremos a la

gente por verlo.” Entonces, se acercaron al padre de Pulgarcito y le dijeron: “Mire, ¿por cuánto nos vendería al pequeño hombre? Le pagaremos bien y lo cuidaremos mucho.”

Pero el padre de Pulgarcito dijo: “¡No! El es el niño de mis ojos y no me separaría de él ni por todo el dinero del mundo.”

Sin embargo, Pulgarcito subió lentamente por los pliegues del abrigo de su padre hasta llegar a su hombro, y le dijo al oído, “Vamos, padre, véndeme a ellos por mucho dinero. Deja que me lleven y regresaré en un abrir y cerrar de ojos.”

“Pero Pulgarcito,” dijo su padre.

“Confía en mi, padre,” dijo Pulgarcito interrumpiéndolo. “Me encargaré de todo.”

De manera que su padre lo vendió por una gran suma de dinero. Pulgarcito se fue, montado en el ala del sombrero de uno de los hombres. Cuando cayó la noche, Pulgarcito pidió que lo bajaran, pero el hombre no quiso. Pulgarcito insistió gritando: “¡Necesito que me bajen, ahora!” Entonces, el hombre lo puso al borde del camino. Tan pronto como estuvo en el suelo, Pulgarcito corrió rápidamente y se metió en una ratonera, gritando: “¡Hasta luego, amigos míos, que tengan un buen viaje sin mi!” Los hombres se agacharon apoyándose en sus rodillas y manos y poniendo sus narices en el suelo, y metieron palos en las ratoneras pero nunca encontraron a Pulgarcito. De esta manera, enfadados y sin un centavo, emprendieron su camino a casa.

Cuando los hombres se habían ido, Pulgarcito salió de la ratonera. Encontró un caparazón de caracol vacío y dijo: “Este parece ser un lugar seguro para pasar la noche.” Pero precisamente cuando iba a descansar, escuchó a dos hombres que se acercaban. Uno le decía al otro al oído, con una voz gruesa y susurrante, “Sí, el cura rico no regresará hasta mañana por la mañana, así que ahora es el momento para robar de su casa. Pero, ¿cómo podemos hacerlo?”

Pulgarcito salió de su caparazón y gritó, “¡Yo les puedo decir!”

“¿Qué fue eso?” preguntó uno de los asustados ladrones. “Sal y déjate ver,” dijo.

“Llévenme con ustedes y les ayudaré,” dijo Pulgarcito.

“¿Quién está hablando? ¿Dónde estás?” preguntaron los ladrones.

“¡Aquí abajo!” gritó Pulgarcito.

Los ladrones miraron hacia abajo y allí vieron a Pulgarcito, agitando los brazos y llamándolos. Un ladrón lo levantó y dijo, “Bien, pequeño enano, ¿cómo vas tú a ayudarnos a robar al cura?”

### ILUSTRACIÓN

“Será fácil,” dijo Pulgarcito. “El cura guarda su dinero tras barras de acero, ¿no es cierto? Yo puedo deslizarme entre las barras y pasarles todo el dinero que deseen.”

“¡Ajá!, esa es una buena idea, enanito,” dijeron los ladrones, y fueron riéndose durante todo el camino a la casa del cura. Luego, se quedaron callados y le dijeron al oído a Pulgarcito: “Habla bajito, ¿escuchas? ¡No queremos despertar a nadie ni que nos atrapen!”

“¡Por supuesto!” dijo Pulgarcito. El entró a hurtadillas al cuarto del cura, luego se

deslizó entre las barras donde estaba guardado el dinero. Entonces, gritó a los ladrones, como si fuera grande y lo más fuerte que pudo, “¿CUÁNTO QUIEREN? ¿LO QUIEREN TODO?”

“¡Shh, cállate!” dijeron entre dientes los ladrones.

“Despertarás hasta a los muertos, enano ruidoso. Podemos escucharte bien. Sólo empieza a alcanzarnos el dinero.”

Pero Pulgarcito fingió no oírlos y gritó otra vez, “¿QUÉ ES LO QUE DICEN? ¿QUIEREN LLEVARSE TODO EL DINERO? LES DARÉ TODO, SOLO EXTIENDAN LAS MANOS.”

Pulgarcito gritaba tan fuerte que despertó al cocinero y a la criada, que saltaron de la cama y vinieron corriendo a ver qué pasaba. Cuando ellos irrumpieron por la puerta, los ladrones corrieron como si los estuvieran persiguiendo animales salvajes. La criada fue a buscar una lámpara pero cuando regresó con ella, Pulgarcito ya se había escabullido al granero.

Pulgarcito encontró un buen lugar para dormir en una gran pila de heno. El se dispuso a descansar pero—¡pobre Pulgarcito!—sus problemas recién habían empezado. A la mañana siguiente, muy temprano, la criada fue al granero y le tiró a la vaca un gran fardo de heno como desayuno. Y ¡quién estaría en medio de ese fardo de heno sino Pulgarcito! La vaca se comió el heno y junto con éste a Pulgarcito. Tuvo suerte de no ser triturado entre los dientes de la vaca. Después de masticar heno un rato, la vaca se lo tragó y Pulgarcito fue a parar al estómago de la misma.

“Dios mío,” dijo, “alguien se olvidó de poner ventanas en esta casa. Sería bueno tener una vela, por no decir un poco de aire fresco.” De repente, *whump*, algo pesado cayó en la cabeza de Pulgarcito. ¡Era una masa de heno húmedo, pegajoso, masticado! La vaca estaba comiendo de nuevo, y mientras más comía, más heno húmedo y pegajoso caía encima de Pulgarcito. Estaba casi aplastado, cuando se le ocurrió gritar, lo más fuerte que pudo: “¡Es suficiente! ¡No más heno! ¡Estoy muy lleno, gracias! ¡Ya no quiero más comida!”

Resulta que, en ese momento, la criada estaba ordeñando a la vaca y, cuando escuchó la voz que salía de la vaca, dio un grito y se cayó de espaldas de su banco de ordeñar, tirando el balde de leche. Corrió al cura y le dijo: “¡Ay, mi señor, la vaca—la vaca habla!”

“¿Qué? No seas tonta,” dijo el cura. Fue al granero para ver por sí mismo lo que estaba pasando, y la criada caminó temerosa detrás de él.

El cura miró a la vaca y dijo: “¿Así que ésta es la vaca que habla? Bueno, yo no escucho nada.” Pero justo en ese momento Pulgarcito gritó, “¡Gracias por el heno, pero ya estoy muy lleno. Quizás, más tarde desearía un postre!”

El cura se echó para atrás. “¡Seguramente este animal está embrujado!” gritó. Y entonces, ordenó que la desdichada vaca sea convertida en bistec y en carne molida. Una vez que la vaca estuvo cortada en pedazos, el estómago, con Pulgarcito adentro, fue tirado a una pila de basura. Pulgarcito forcejaba para salir, y había acabado de sacar la

cabeza cuando, *zing*, un lobo hambriento agarró el estómago entre sus dientes y se fue corriendo con él.

Mientras el lobo corría, Pulgarcito iba dando tumbos y pensaba, “Bueno, unos días son mejores que otros.” Entonces, le dijo al lobo, “Señor Lobo, ¿por qué quiere comerse este asqueroso estómago de vaca viejo? Yo puedo decirle dónde encontrar deliciosos manjares.”

“Y ¿dónde podrían estar?” gruñó el lobo.

“En una casa cerca del bosque,” dijo Pulgarcito. “Allí encontrará embutidos, jamón, carne, pasteles, tanto como usted pueda comer.” De manera que el lobo, al que se le hacía agua la boca, se fue al lugar donde le había dicho Pulgarcito. Y ¿adónde creen que Pulgarcito lo estaba llevando? ¡De regreso a la casa de sus padres!

### ILUSTRACIÓN

Cuando llegaron allí, el lobo comió hasta que se llenó. Fue entonces cuando Pulgarcito gritó a sus padres: “¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Se ha metido un gran lobo malo! ¡Auxilio!”

El padre de Pulgarcito llegó corriendo con un palo grande. Le dio una paliza al lobo que lo mandó aullando al bosque. “Buen trabajo, padre,” dijo Pulgarcito.

Su padre miró hacia abajo y gritó: “Pulgarcito, ¿dónde has estado? ¡He estado tan preocupado por ti! ¡Mamá, ven rápido, nuestro Pulgarcito ha regresado!”

“¡Bueno!” dijo Pulgarcito, “he estado en una ratonera, en un caparazón de caracol y en el estómago de una vaca. ¡Y creo que, de ahora en adelante, preferiría quedarme con ustedes!”

“Oh, mi pequeño Pulgarcito,” dijo su padre, “Nunca debí venderte, y ¡nunca lo volveré a hacer!”

Hubo muchos abrazos y besos y abundante comida y bebida para Pulgarcito, e incluso ropa nueva, pues, como bien pueden imaginárselo, la ropa que llevaba, se había estropeado durante sus aventuras.

PADRES: Usted puede hablar con su niño de cómo historias de países diferentes pueden ser similares en muchos aspectos. Después de leer "Issun Boshi" y "Pulgarcito," usted podría empezar preguntándole a su niño si observó algunos aspectos que son similares en las dos historias.

Para historias más similares de países diferentes, revise en su biblioteca títulos tales como:

*The Egyptian Cinderella* y *The Korean Cinderella* de Shirley Climo, ilustradas por Ruth Heller (HarperCollins, 1989 y 1993).

*Lon Po Po: A "Red Riding Hood" Story from China* de Ed Young (Philomel Books, 1989; tam bién disponible en Scholastic).

*Mufaro's Beautiful Daughters: An African Tale* de John Steptoe (Lothrop, Lee, & Shepard, 1987). Una "Historia de la Cenicienta" de Africa.

*Sootface: An Ojibwa Cinderella Story* de Robert D. San Souci (Doubleday Books for Young Readers, 1994).

*Thumbelina* de Amy Ehrlich (Penguin/ Puffin, 1979) Una historia de Hans Christian Andersen, bellamente ilustrada por Susan Jeffers.

*Tom Thumb* de Richard Jesse Watson (Harcourt Brace, 1989). Una historia de "Pulgarcito" de Inglaterra, diferente al "Pulgarcito" de este libro.

## Las cosas podrían ser siempre peores

68

Había una vez un judío pobre que ya no podía más con su situación. Entonces, fue a su rabino, un santo maestro, para pedirle consejos.

"¡Santo Rabino!" dijo. "¡Me va mal y mi situación empeora cada día más! Somos pobres, tan pobres que mi esposa, mis seis hijos, mis parientes políticos y yo vivimos en una cabaña de un solo cuarto. Todo el tiempo nos estamos tropezando unos contra otros. Se nos crispan los nervios y, como tenemos muchos problemas, nos peleamos. ¡Créame—mi casa es un espanto y las cosas no podrían ser peores!"

El rabino reflexionó seriamente sobre el asunto. "Hijo mío," dijo, "prométeme que harás lo que te digo y tu situación mejorará."

"Se lo prometo, Rabino," respondió el atribulado hombre. "Haré todo lo que me diga."

"Dime—¿qué animales tienes?"

"Tengo una vaca, una cabra y unos pollos."

"Muy bien. Ahora, vete y mete a todos estos animales dentro de tu casa para que vivan contigo."

El hombre pobre estaba asombrado, pero, como se lo había prometido al rabino, se fue y metió a todos los animales dentro de su casa.

Al día siguiente, el hombre pobre regresó a ver al rabino y le dijo: “Rabino, ¡qué desgracia me ha mandado! Hice lo que me dijo y metí los animales dentro de mi casa. Y ahora ¡qué es lo que tengo? ¡Las cosas están peores que antes! ¡La casa se ha convertido en un granero! ¡Sálveme, Rabino!—¡ayúdeme!”

“Hijo mío,” contestó el rabino con calma, “vete a tu casa y saca los pollos de la misma. ¡Que Dios te ayude!”

Entonces, el hombre pobre se fue y sacó los pollos de su casa. Pero no pasó mucho tiempo antes de que volviera corriendo al rabino.

“¡Santo Rabino!” dijo gimiendo. “¡Ayúdeme, sálveme! La cabra está destrozando todo en la casa—está convirtiendo mi vida en una pesadilla.”

### ILUSTRACIÓN

“Vete,” dijo el rabino suavemente, “y saca la cabra de la casa. ¡Dios te ayudará!”

El hombre pobre regresó a su casa y sacó la cabra. Pero no pasó mucho tiempo antes de que volviera corriendo donde al rabino, y gritando, “¡Qué desgracia me ha mandado, Rabino! ¡La vaca ha convertido mi casa en un establo! ¡Cómo espera que un ser humano viva junto a un animal?”

“¡Tienes razón—muchísima razón!” admitió el rabino. “¡Vete directamente a casa y saca la vaca!”

Y el desdichado hombre se fue corriendo a casa y sacó a la vaca.

No había pasado ni un día y volvió corriendo al rabino. “¡Rabino!” dijo el hombre pobre, con la cara sonriente. “Ha hecho que mi vida sea nuevamente placentera. ¡Con todos los animales afuera, la casa está tan tranquila, tan espaciosa y tan limpia! ¡Qué placer!”

**PADRES:** Después de leer esta historia, ustedes podrían preguntarle a su niño, “¿Qué piensas que quiere decir el título?”

## Jack y los frijoles mágicos

Había una vez, una viuda pobre que tenía un único hijo llamado Jack y una vaca llamada Milky-white. Lo único que tenían para vivir era la leche que daba la vaca todas las mañanas que llevaban al mercado para vender. Pero una mañana, Milky-white no dio leche.

“Oh, Jack,” dijo la pobre viuda, retorciendo las manos, “no tenemos ni para comer ni dinero. Debemos vender a la pobre Milky-white.”

“Anímate, Madre,” dijo, Jack. “Hoy es día de mercado. Venderé a Milky-white, entonces nos irá mejor, ya lo verás.”

Así que Jack tomó a la vaca y emprendió su camino. No había avanzado mucho cuando se encontró con un anciano de extraña apariencia. El anciano le dijo: “Buenos días, Jack.”

“Buenos días,” dijo Jack, y se preguntó cómo el anciano sabía su nombre.

“Bueno, Jack, ¿adónde vas?” dijo el hombre.

“Estoy yendo al mercado a vender mi vaca.”

### ILUSTRACIÓN

“Oh, sí, pareces el tipo de persona que vende una vaca,” dijo el hombre. “Ahora me pregunto,” le dijo a Jack, “¿sabes cuántos frijoles son cinco?”

Jack pensó que esa era una pregunta extraña, pero, de cualquier modo respondió. “Dos frijoles en cada mano, y uno en la boca—son cinco.”

“¡Correcto!” dijo el hombre. Y luego, sacando algo de su bolsillo, dijo, “Y aquí están.” Mostró cinco frijoles que tenían un aspecto muy extraño. “Ahora, como tú eres un tipo inteligente,” le dijo a Jack, “te cambio estos frijoles por tu vaca.”

“A ver,” dijo Jack, “¿ese sería un buen negocio para *usted!*”

“Ah, pero no sabes que tipo de frijoles son,” dijo el hombre. “Si los siembras esta noche, entonces para mañana crecerán hasta el cielo.”

“¿De verdad?” dijo Jack, que estaba comenzando a interesarse.

“Sí,” dijo el hombre. “Y si no resulta ser verdad, entonces puedes tener a tu vaca de nuevo.”

“De acuerdo,” dijo Jack. Le dio la vaca y tomó los frijoles y se fue a casa.

“Jack, ¿ya regresaste?” dijo su madre. “Veo que vendiste a Milky-white. ¿Cuánto te dieron por ella?”

“Madre, nunca lo adivinarás,” dijo Jack.

“¡Ay, mi buen hijo!” dijo su madre. “¿Te dieron cinco? ¿O diez? Quizás más—no, no puede ser—¿veinte?”

“Te dije que no podrías adivinarlo,” dijo Jack. Entonces, buscó en su bolsillo y dijo: “Mira aquí, Madre. Me dieron cinco ... frijoles. Tú los siembras y entonces de la noche a la mañana ellos ...”

“¿Qué?” gritó su madre. “¡Frijoles! ¿Cambiaste a mi Milky-white por *frijoles*? ¿Cómo pudiste ser tan tonto? Te irás a la cama sin cenar. Y en cuanto a tus preciosos frijoles, aquí van; por la ventana!”

Entonces, Jack se fue a su pequeña habitación en el ático, donde se dejó caer en la cama y finalmente se quedó dormido.

Cuando despertó, la habitación se veía diferente. El sol estaba brillando en una parte de ella, pero todo el resto estaba oscuro y sombrío. Se levantó bruscamente y fue hacia la ventana. Y ¿qué crees que vió? Pues, los frijoles que su madre había tirado por la ventana habían caído en el jardín, y durante la noche habían brotado y se habían

convertido en un gran tallo de frijol, que fue creciendo y creciendo hasta que llegar al cielo. De manera que el anciano había dicho la verdad.

El tallo de frijol había crecido cerca de la ventana de Jack. Lo único que tenía que hacer era pisar en él y luego empezar a treparlo, como si fuera una escalera de mano. Así que Jack trepó, y trepó y trepó aún más, hasta que finalmente llegó al cielo. Y cuando llegó allí, vio un largo camino recto. Siguió el camino hasta que llegó a una casa muy grande y alta, y en la puerta había una mujer gigante.

“Buenos días, señora,” dijo Jack, muy cortésmente. “¿Podría ser tan amable de darme desayuno?”

“Oh, ¿así que quieres desayunar?” preguntó la mujer gigante. “Bueno, te convertirás tú en desayuno si no te vas de aquí. Mi esposo es un gigante feroz, y no hay nada que le guste más que un lindo niño cocido en pan con mantequilla. Es mejor que te vayas, él llegará pronto.”

“Oh, por favor, señora,” dijo Jack, “De verdad, no he comido desde ayer, se lo prometo.”

Bueno, la esposa del gigante no era tan mala después de todo. Ella llevó a Jack a la cocina y le dio un gran pedazo de pan y queso y una jarra de leche. Pero Jack no estaba ni por la mitad cuando—*¡thump! ¡thump! ¡thump!*—toda la casa empezó a temblar con el ruido de alguien que venía—alguien muy grande.

“¡Dios mío, es mi esposo!” dijo la esposa del gigante. “¿Qué hago? ¡Rápido, métete aquí!” Y Jack se metió en el horno precisamente cuando entró el gigante.

Era uno muy grande, seguramente. Tenía tres vacas atadas en su cinturón. Las tiró en la mesa y dijo groseramente a su esposa: “Aquí tienes, mujer, cocíname un par de éstas para desayunar. Pero espera—¿huelo algo?”

*“¡Fa, Fe, Fi, Fo,  
Huelo la sangre de un inglés.  
¡Vivo o muerto, no importa  
voy a molerle los huesos para hacer mi pan!”*

“¡Tonterías!” dijo su esposa, “aquí no hay nadie, sino las sobras del niño que cenaste ayer. Ve a lavarte, y para cuando regreses, ya tendré el desayuno listo.”

Entonces, el gigante se fue y Jack estaba a punto de salir del horno cuando la mujer susurró: “Espera hasta que se duerma. El siempre toma una siesta después de desayunar.”

El gigante se engulló el desayuno. Luego, fue hacia un gran baúl y sacó dos grandes bolsas. Se sentó, y de las bolsas sacó un montón de monedas de oro. Comenzó a contarlas, muy despacio—“Una ... dos ... eh, tres ... em, eh, cuatro ...”—entonces comenzó a cabecearse y luego a roncar tanto que toda la casa temblaba.

Jack salió del horno, pasó de puntillas por donde estaba el gigante, y agarró una de las bolsas de oro (que apenas podía cargar) y corrió rápidamente hacia el tallo de frijol. Tiró la bolsa de oro, la cual cayó—*¡plump!*—en el jardín de su madre, después bajó hasta llegar finalmente al suelo.

“Bueno, madre,” dijo. ¿Acaso no tenía razón en cuanto a los frijoles? ¡De verdad son mágicos!”

Durante un tiempo, Jack y su madre compraron lo que necesitaban y un poco más, con la bolsa de oro. Pero finalmente ésta quedó vacía, así que Jack decidió probar suerte y otra vez subió a la cima del tallo de frijol. Trepó y trepó y una vez más, efectivamente, estaba la mujer gigante parada en la puerta. Y una vez más le pidió algo de comida.

“Vete, niño,” dijo la mujer, “si no, mi esposo te comerá en el desayuno. Pero, ¡oye! ¿no eres tú el jovencito que vino la vez anterior? ¿Sabes que, ese mismo día, mi esposo perdió una de sus bolsas de oro?”

“¿Qué?” dijo Jack. “¿Es muy extraño! Tal vez puedo ayudarla a encontrarla, pero tengo tanto hambre que primero debo comer algo.”

Entonces, la mujer gigante le dio algo de comida. Pero apenas había tomado un bocado cuando—*¡thump! ¡thump! ¡thump!*—escucharon los pasos del gigante. Y otra vez la esposa escondió a Jack en el horno.

Y todo pasó igual que antes. El gigante entró gritando “¡Fa, Fe, Fi, Fo!”

Entonces, después de engullirse tres bueyes asados a la parrilla como desayuno, dijo: “¡Esposa, tráeme mi gallina y mi arpa de oro!”

La esposa se los trajo. El gigante miró a la gallina y gritó, “¡Pon!” Y la gallina puso un huevo de oro. El gigante observó su arpa de oro y dijo: “¡Canta!” Y el arpa de oro cantó maravillosamente. Y siguió cantando hasta que el gigante se quedó dormido y comenzó a roncar como un trueno.

### ILUSTRACIÓN

Jack salió del horno y se arrastró como un ratón apoyándose en sus manos y rodillas. Luego, se trepó a la mesa, cogió la gallina y el arpa de oro y avanzó rápidamente hacia la puerta. Pero la gallina empezó a cacarear y el arpa se puso a dar gritos: “¡Mi señor! ¡Mi señor!” El gigante se despertó y justo alcanzó a ver que Jack se iba con sus tesoros.

Jack corrió tan rápido como pudo, y el gigante iba dando pasos enormes detrás de él, y lo hubiera atrapado, sólo que Jack tenía ventaja. Cuando llegó al tallo de frijol, bajó tan rápido como pudo. El gigante llegó al tallo y se detuvo un rato—no le agradaba la idea de bajar por tal tipo de escalera. Pero, le guste o no, el gigante saltó al tallo, el cual tembló con su peso.

Para entonces, Jack ya había bajado y corrido a casa. “¡Madre!” grito. “¡Tráeme el hacha, apúrate!” Su madre vino corriendo con el hacha en la mano. Corrió con Jack hacia el tallo, y entonces, gritó con miedo cuando vio las piernas del gigante asomándose por las nubes.

Jack levantó el hacha y le dio un tremendo golpe al tallo. El gigante sintió que el tallo temblaba y se detuvo para ver qué pasaba. Jack dio otro golpe, y otro y otro hasta que el tallo comenzó derribar. Entonces, el gigante cayó y rompió el coco y después se cayó el tallo.

Desde entonces, Jack y su madre tuvieron todo el oro y la música que deseaban,

porque la gallina les daba huevos de oro y el arpa cantaba para ellos todo el día. Y ambos vivieron felices para siempre.

## **El hombre que llegaba hasta las rodillas**

(Un cuento popular afroamericano, recontado por Julius Lester)

Había una vez un hombre muy pequeño. Era tan pequeño que apenas le llegaba a uno a las rodillas. Debido a que era de tan escasa estatura, era muy desdichado. Quería ser grande como todos los demás.

Un día decidió preguntarle al animal más grande que pudiera encontrar, cómo podía hacerse grande. Entonces, fue a ver al Sr. Caballo. “Sr. Caballo, ¿qué puedo hacer para volverme grande como usted?”

El Sr. Caballo dijo, “Bueno, come mucho maíz y luego corre bastante. Después de un rato, serás tan grande como yo.”

El pequeño hombre hizo exactamente lo que le dijo. Comió tanto maíz que le dolía el estómago. Después, corrió y corrió tanto que le dolían las piernas. Pero él no se hizo más grande. Así que consideró que el Sr. Caballo le había dicho algo erróneo y decidió ir a preguntar al Sr. Toro.

### **ILUSTRACIÓN**

“Sr. Toro, ¿qué puedo hacer para volverme grande como usted?”

El Sr. Toro dijo: “Come mucho pasto. Luego, muge y muge tan alto como puedas. Y pronto verás como serás tan grande como yo.”

De manera que el pequeño hombre se comió un campo entero de pasto. Eso le hizo doler el estómago. Mugió y mugió todo el día y toda la noche. Que le dolía la garganta. Pero, él no se hizo más grande. Así es que consideró que el Sr. Toro también estaba totalmente equivocado.

Ahora. No sabía a quién más preguntarle. Una noche escuchó al Sr. Buho ululando, y recordó que el Sr. Buho sabía todo. “Sr. Buho, ¿qué puedo hacer para volverme grande como el Sr. Caballo y el Sr. Toro?”

“¿Para qué quieres ser grande?” le preguntó el Sr. Buho.

“Quiero ser grande para poder darle una paliza a cualquiera cuando esté en una pelea,” dijo el pequeño hombre.

El Sr. Buho dijo, “¿Alguna vez alguien ha tratado de meterse contigo?”

El pequeño hombre se quedó pensando un momento. “Bueno, ahora que lo dices, nunca nadie ha tratado de buscarme pelea.”

El Sr. Buho dijo, “Bueno, no tienes ningún motivo para pelear. Por lo tanto, no tienes ningún motivo para ser más grande de lo que eres.”

“Pero, Sr. Buho,” dijo el pequeño hombre, “quiero ser grande para poder ver muy a lo lejos.”

El Sr. Buho dijo, “Si te subes a un árbol alto, puedes ver a lo lejos desde arriba.”

El pequeño hombre se quedó callado por un momento. “Bueno, no había pensado en eso.”

El Sr. Buho dijo: “Eso es por donde te equivocas, mi pequeño hombre. No habías pensado nada. Yo soy más pequeño que tú y no me ves preocupándome por ser grande. Mi pequeño hombre, querías algo que no necesitabas.”

## Medio Pollito

(Un cuento popular hispano)

Había una vez una gallina grande española negra que tenía unos lindos pollitos. Todos ellos eran pollitos comunes y corrientes, salvo uno, que parecía como si hubiera sido cortado por la mitad. Todos sus hermanos tenían dos alas, dos patas y dos ojos, pero él solamente tenía uno de cada uno. Y únicamente tenía media cabeza y medio pico. Así es que lo llamaban Medio Pollito, que significa “Half-Chick” [jaf-chic] en inglés.

### ILUSTRACIÓN

Sus hermanos hacían lo que se les ordenaba, pero a Medio Pollito no le gustaba obedecer a su madre. Cuando la mamá gallina le pedía que regresara al gallinero, él fingía que no la escuchaba, puesto que sólo tenía una oreja. Y mientras más crecía, más desobedecía a su madre.

Un día dijo, “Estoy cansado de vivir en el corral. Me voy a la ciudad a ver al rey.”

Su madre dijo, “Todavía no tienes edad suficiente. Cuando tengas más edad, iremos juntos a la ciudad.”

Pero Medio Pollito no le hacía caso a nadie. “Voy a visitar al rey y tendré una casa grande en la ciudad, me volveré rico y, quizás, los invite a visitarme algún día.” Y dicho eso, se fue saltando en una pata por el camino a la ciudad.

Su madre le dijo, “Trata de ser amable con todos los que te encuentres.” Pero Medio Pollito no la escuchó y se fue.

Primero, dio saltitos a un pequeño arroyo, atascado con maleza. “Oh, Medio,” le dijo, “por favor, ayúdame a liberarme de esta maleza para poder correr.”

“¿Crees que tengo tiempo para desviarme de mi camino?” dijo Medio. “Me estoy yendo a la ciudad a ver al rey.” Y se fue saltando en una pata.

Posteriormente, llegó a un pasto que se estaba quemando, y el fuego le dijo, “Medio, por favor, échame algunas ramas para no apagarme.”

“¿Crees que tengo tiempo para desviarme de mi camino?” dijo Medio. “Me estoy yendo a la ciudad a ver al rey.” Y se fue saltando en una pata.

Cuando se acercaba a la ciudad, llegó a un árbol donde el viento estaba atrapado entre las ramas y hojas, y el viento le dijo a Medio, “Oh, por favor, sube al árbol y quítame estas ramas para poder irme volando.”

“¿Crees que tengo tiempo para desviarme de mi camino?” dijo Medio. “Me estoy yendo a la ciudad a ver al rey.” Y se fue saltando en una pata.

Cuando entró a la ciudad, vio el palacio real y se metió directamente al patio. El que vería a Medio no sería sino el cocinero del rey, quien dijo, “Creo que le haré al rey una rica sopa de pollo para la cena.” Y extendió el brazo y atrapó a Medio, y lo puso en una olla de agua junto a la estufa.

Medio se sentía muy mojado. “Oh, agua,” gritó, “no me mojes así.” Pero el agua le contestó, “No me ayudaste cuando era un pequeño arroyo, así que ¿por qué tendría que ayudarte?”

Luego, el fuego de la estufa empezó a calentar el agua. Medio se sentía muy caliente. “Oh, fuego,” dijo, “no me quemes así.” Pero el fuego le contestó, “No me ayudaste cuando me estaba apagando en el pasto, así que ¿por qué tendría que ayudarte?”

El dolor era tan fuerte que Medio pensó que moriría. Justo en ese momento, el cocinero levantó la tapa de la olla para ver si la sopa estaba lista. Pero vio al pollito feo, y dijo, “No puedo mandarle al rey un pollito feo.” Y tiró a Medio por la ventana.

Allí, el viento lo atrapó y lo llevaba tan rápido que apenas podía respirar. “Oh, viento,” dijo, “no me lleses así. Déjame descansar o moriré.” Pero el viento le contestó, “No me ayudaste cuando estaba atrapado en el árbol, así que ¿por qué tendría que ayudarte?” Y con eso, levantó a Medio Pollito, por el aire, hasta la punta de la torre de una iglesia, y lo dejó pegado en el campanario.

### ILUSTRACIÓN

76

Él está allí hasta el hoy mismo. Si miras la punta de muchos campanarios de iglesia, verás una veleta en forma de medio pollo. Ese es Medio Pollito, el pollo que no quería ayudar a los demás. Ahora, él debe ayudar a todos indicándoles la dirección en que sopla el viento.

## El Flautista de Hamelín

¡Ratas! Por todas partes del pequeño pueblo de Hamelín, había ratas, ratas y más ratas.

Había tantas que ni grandes cantidades de trampas podían atraparlas, ni grandes cantidades de veneno podían matarlas. Peleaban con los perros y perseguían a los gatos. Hacían sus nidos en los sombreros de las personas. Se comían la comida que dejaban en las mesas. Corrían de un lado a otro por las calles a plena luz del día, sacudiendo sus colas y moviendo sus bigotes. Y hacían tantos chirridos y chillidos que no se podía escuchar cuando uno hablaba, ni pegar un ojo.

En el centro de Hamelín, en la Municipalidad, se había reunido una muchedumbre. La gente estaba agitando sus puños y gritando: “¡Señor Alcalde! ¡Señor Alcalde! ¡Debe deshacernos de estas ratas o nosotros nos desharemos de usted!”

“¿Qué esperan que haga?” preguntó el alcalde. Sentó su pesado cuerpo en una gran silla de madera. “Me he roto la cabeza de tanto pensar, pero todo ha sido en vano.” Entonces, golpeando su cabeza, gritó: “¡Ah, si tuviera una trampa, una trampa, una

trampa!”

Justo en ese momento, se escuchó un suave golpecito en la puerta. “¡Es una rata!” gritó el alcalde.

“Las ratas no tocan,” dijo un habitante del pueblo.

“Oh, sí, por supuesto,” dijo el alcalde. Entonces, tratando de parecer valiente, dijo: “¡Entre!” Y entró la persona de apariencia más extraña que haya visto alguna vez.

Era alto y delgado, con unos penetrantes ojos azules, que cada una parecía un alfiler. Su largo abrigo, mitad amarillo y mitad rojo, lo cubría de pies a cabeza. Y por debajo de un sombrero flexible salía su cabello, largo y blanco, y en su mano llevaba una flauta de plata.

“¿Quién es usted?” preguntó el alcalde.

Y el personaje de apariencia extraña respondió: “La gente me llama el Flautista. Con mi flauta toco música que hechiza a todas las cosas que están bajo el sol—a todas las criaturas que se arrastran, nadan, vuelan o corren. Cuando toco, me siguen, dondequiera que vaya. Puedo hechizar a los pájaros del aire. Puedo hechizar a los peces del mar. Puedo hechizar a las bestias salvajes que viven en el bosque.”

“¿Y a las ratas?” preguntó el alcalde. “¿Qué pasa con las ratas? ¿Puede hechizar a las ratas?”

“Claro que puedo,” dijo el Flautista. “Puedo hechizar hasta la última rata de vuestro pueblo. Déme mil monedas de oro y lo arreglaré.”

“¿Mil?” dijo el alcalde. “¡Tendrás cincuenta mil si lo haces!” Y la gente del pueblo gritó: “Sí, sí, le daremos con mucho gusto cincuenta mil. ¡Sólo desháganos de las ratas!”

“Como ustedes digan,” dijo el extraño. Entonces, con una extraña sonrisa, salió a la calle y puso la flauta a sus labios. Y apenas había tocado tres notas cuando, desde todas direcciones, las ratas venían corriendo, dando tumbos, tropezando, apresurándose, escabulléndose.

*Ratas grandes, ratas pequeñas, ratas flacas, ratas musculosas,  
Ratas marrones, ratas negras, ratas grises, ratas pardo-rojizas,  
Viejos pausados, pesados y solemnes, jóvenes alegres y juguetones,  
Papás, mamás, tíos, primos,  
Colas que se levantaban y bigotes que picaban,  
Familias por decenas y docenas,  
Hermanos, hermanas, esposos, esposas—  
Seguían al Flautista por su vida.  
Calle por calle él avanzaba tocando la flauta,  
Y paso a paso ellas lo seguían bailando.*

### ILUSTRACIÓN

El flautista caminaba lentamente por la calle, tocando su alegre melodía. Y cuando llegó al río, las ratas saltaron a éste y fueron arrastradas por las aguas que corrían rápidamente.

Los habitantes del pueblo dieron hurras y hurras y tocaron las campanas hasta hacer temblar los campanarios. Pero se quedaron tranquilos cuando el Flautista regresó. Él caminó hacia el alcalde y dijo: “Las ratas se han ido. Es hora de que me paguen. Tomaré mis mil monedas de oro y me iré.”

Pero el alcalde tartamudeó y dijo que en realidad no veía porqué debería pagar tanto al Flautista por hacer un trabajo tan fácil. Después de todo, ¿qué había hecho sino caminar por las calles y tocar su flauta? Y en realidad, ¿el Flautista no consideraría justo que se le pagara, por ejemplo, unas diez monedas de oro, sí, diez? ¿eso no parecía justo por un trabajo tan fácil?

Y cuando el alcalde habló, los habitantes del pueblo inclinaron la cabeza y empezaron a murmurar entre ellos mismos que, en realidad, este hombre de apariencia graciosa apenas merecía mil monedas de oro sólo por tocar una tonta flauta—pues, ¿a quién se le ocurre!

“Usted prometió pagarme mil,” dijo el Flautista. “He incluso me ofreció cincuenta mil. Vamos, no tengo tiempo para desperdiciarlo. Debo seguir mi camino. Acordamos mil y debe pagarme mil.”

El alcalde puso diez monedas de oro en la mesa y dijo enojado: “Tómalo o déjalo. Ahora, muchacho, márchate.”

Una vez más el flautista salió a la calle. Y una vez más comenzó a tocar. Y después de haber tocado sólo algunas notas, se escuchó murmullos, bullicio, el golpeteo de pequeñas pisadas y el parloteo de pequeñas lenguas. Venían los niños, todos los niños del pueblo de Hamelín, tropezándose, brincando y corriendo alegremente detrás de la música con gritos y risas.

Los habitantes del pueblo no podían hablar. Ni moverse. Ellos se quedaron parados como si hubieran sido convertidos en bloques de madera. No podían gritar cuando veían a los niños pasar brincando.

### ILUSTRACIÓN

Mientras los niños bailaban alegremente detrás de él, el Flautista tocaba su melodía. Y la melodía parecía hacer una promesa, una promesa de un país alegre donde el sol brillaba y los pájaros cantaban y los niños jugaban en campos donde las flores brillaban más que el arco iris. Y seguían bailando mientras el Flautista los llevaba lejos del pueblo, hasta que llegaron hasta la ladera de una montaña.

Y allí, en la roca, se abrió de par en par una gran puerta. El Flautista entró y los niños lo siguieron. Y cuando todos ellos estuvieron adentro, la puerta se cerró rápidamente.

Los habitantes del pueblo buscaron por todas partes, de un lado a otro. Pero nunca volvieron a ver al Flautista o a los niños del pueblo de Hamelín.

## Pinocho

**PADRES:** *Quizás muchos niños ya están familiarizados con una versión de la historia de Pinocho contada en la película de Walt Disney. La película de Disney, una clásica obligada de dibujos animados, hace muchos cambios a la historia original, publicada en 1883 por un autor italiano que utilizó el seudónimo de C. Collodi. Una de las grandes diferencias es que, desde el inicio, el Pinocho de Collodi es un muñeco travieso y desobediente. Si su niño conoce la película, entonces puede ser interesante hablar con él de cómo difiere de esta historia. La historia de Collodi llena un pequeño libro; aquí recontamos algunos episodios, reorganizados de tal manera que esta selección tenga lógica por sí misma.*

### Pinocho Se Escapa

Había una vez un carpintero pobre llamado Gepeto [jeh-PET-toe]. Un día, Gepeto escogió un bloque raro de madera y dijo, “Tallaré un lindo muñeco de ésta, uno que pueda bailar y saltar cuando jale las cuerdas.” Y pensó que quizás podría viajar con el muñeco y montar un espectáculo y ganarse la vida.

#### ILUSTRACIÓN

“¿Qué nombre le pondré a mi muñeco?” pensó Gepeto. “Ya sé—Pinocho. ¡Me suena como un nombre con suerte!” Y así empezó a tallar. Primero, trabajó en la cabeza. Talló los ojos y, para su sorpresa, ¡los ojos se abrieron y lo miraron fijamente! Luego, talló la nariz. Gepeto se echó un salto para atrás: ¡la nariz crecía y crecía! “¡Deténte, nariz, deténte!” gritó Gepeto. Finalmente, dejó de crecer, pero ¡ya era bastante larga! Después, Gepeto trabajó en la boca. Tan pronto como terminó la boca, el muñeco empezó a reírse, y siguió riéndose. “¡Deja de reírte!” dijo Gepeto. El muñeco dejó de reírse—pero ¡sacó la lengua!

“¡Pinocho!” dijo Gepeto. “Todavía no has sido acabado y ya eres un niño malo.”

Gepeto siguió tallando y terminó las piernas y pies. Pero tan pronto como lo hizo, ¡el muñeco levantó un pie y lo pateó en la nariz!

“Ven, buscapleitos,” dijo Gepeto, “Vamos a ver si puedes utilizar esas piernas.” Puso a Pinocho en el piso y lo sostuvo. Al principio, las piernas de Pinocho eran tan rígidas que no podía caminar. Gepeto le mostró cómo poner un pie delante de otro y Pinocho empezó a caminar por sí mismo. Luego, empezó a corretear por el cuarto. Cuando vio que la puerta estaba abierta, ¡saltó afuera y se escapó!

Pinocho atravesó el pueblo hasta que llegó a los campos y praderas. Saltó por encima de zarzamoras y arbustos, y cruzó arroyos y lagunas. Escuchó el sonido chirriante de un grillo. De pronto, el grillo empezó a hablar. “Pinocho, escúchame,” dijo el grillo. “Los niños malos que se escapan y desobedecen a sus padres, nunca serán felices.”

“Oye, grillo tonto,” dijo Pinocho. “Sé lo que pasará si regreso a casa: Tendré que ir a la escuela, y quiera o no quiera, tendré que estudiar. Pero es mucho más divertido cazar mariposas, trepar árboles y hacer lo que yo quiera.”

“¡Entonces eres un tonto y estúpido!” dijo el grillo. “Si a eso dedicas tu tiempo, llegarás a ser un gran burro, y todos se reirán de ti.”

Pinocho estaba enojado. Cogió algo pesado y se lo lanzó—y ya no se escuchó hablar o chirriar más al grillo.

Mientras Pinocho se alejaba, experimentaba una nueva sensación, una extraña sensación de vacío dentro de él. Junto con esta sensación de vacío, se escuchó un fuerte sonido que retumbaba. “¡Vaya!, tengo hambre,” dijo el muñeco. “Estoy tan hambriento como un lobo.”

Regresó corriendo al pueblo. Era de noche. Las tiendas estaban cerradas y todas las puertas y ventanas estaban bien cerradas. “Oh, tengo un hambre atroz,” gritó. Caminó hasta una casa y tocó la campana, una y otra vez. “Seguramente alguien se despertará,” pensó. Y tuvo razón. Una ventana se abrió arriba y un hombre somnoliento sacó la cabeza. Éste dijo enojado: “¡Qué quieres a estas horas de la noche?”

“Soy un pobre niño hambriento,” dijo Pinocho. “Por favor, déme algo de comer.”

“Espera un minuto, volveré enseguida,” dijo el hombre.

El muñeco miraba a la ventana, imaginándose las maravillosas delicias que el hombre podría estar trayendo. Entonces—*splash!*—¡Pinocho fue golpeado en la cara por un baño de agua helada!

“Después de todo, quizás el grillo tenía razón,” refunfuño Pinocho. El encontró el camino de regreso a la cabaña de Gepeto. El anciano se alegró de verlo. “Debes prometerme que no te volverás a escapar,” dijo. “Debes ir a la escuela, como un niño bueno.”

“Sí, padre, seré bueno,” dijo Pinocho.

### **Pinocho en el espectáculo de títeres**

A la mañana siguiente, Gepeto, que era muy pobre, vendió su único saco para comprarle a Pinocho un abecedario. Con este abecedario nuevo en la mano, Pinocho emprendió su camino a la escuela. “Seré un niño bueno,” dijo. Pero no había avanzado mucho cuando vio el aviso de un espectáculo de títeres. “Puedo ir a la escuela cualquier otro día,” pensó, “¡pero tengo que ver ese espectáculo hoy!” Así es que vendió su abecedario por el precio de un boleto y fue a ver el espectáculo.

El teatro estaba lleno de gente, riéndose ruidosamente de los títeres que estaban en el escenario. Luego, sucedió algo totalmente inesperado: los títeres que estaban en el escenario, gritaron: “¡Mira, es Pinocho, nuestro compañero! ¡Pinocho, sube acá!” Pinocho empezó a saltar por encima de las cabezas de la gente para llegar al escenario. Bueno, nunca se ha visto nada similar, o ha escuchado tan gran traqueteo como ese, cuando los títeres hicieron chocar sus brazos y piernas de madera en su apuro por abrazar a Pinocho.

La gente del público estaba enojada porque el espectáculo se había detenido. “¡La función! ¡Queremos que la función continúe!” gritaban.

De pronto, salió el titiritero. Era un hombre de aspecto feroz, con una larga barba negra, afilados dientes amarillos y ojos que parecían dos ardientes brasas. “¿Qué es esto?”

¡Tú no eres de aquí!” gritó cuando agarró a Pinocho. “Así que,” dijo, “estás hecho de madera. Entonces te utilizaré como leña.”

“No, por favor, no,” suplicó Pinocho. “Por favor, perdóneme. Mi pobre padre anciano me extrañará tanto. Apenas esta mañana me mandó a la escuela y me compró un abecedario con el dinero que obtuvo vendiendo su único saco. Era un saco viejo, además, lleno de parches.”

El titiritero parecía furioso, pero no era del todo malo. Con un fuerte resoplido, dijo a Pinocho, “Me compadezco de tu pobre padre. Regresa a él y dale estas cinco monedas de oro para que se compre un saco nuevo.”

### **El zorro y el gato**

Pinocho le dio un millón de gracias al titiritero y emprendió su camino a casa. Pero no había avanzado mucho cuando se encontró con un zorro que parecía ser cojo, y un gato que parecía estar ciego.

#### **ILUSTRACIÓN**

“Buenos días, Pinocho,” dijo el zorro.

“¿Cómo sabes mi nombre?” le preguntó el muñeco.

“Conozco a tu padre,” dijo el astuto zorro. “Lo vi ayer en la mañana, parado en la puerta de su casa, y tenía puesta solamente una camisa andrajosa. Tenía frío y estaba temblando.”

“Pero, ¡pronto tendrá calor!” dijo Pinocho. Luego, sacando las cinco monedas de oro, dijo, “¡Mira, soy rico! Voy a comprarle a mi padre un bonito saco nuevo.”

Cuando vio las monedas de oro, el zorro, que supuestamente era cojo, saltó; y el gato, que supuestamente era ciego, miró fijamente con los ojos bien abiertos que parecían dos lámparas verdes. Pero todo esto sucedió tan rápido que Pinocho no se dio cuenta.

“¡Caramba!” dijo el zorro, “tanto dinero. Y ¿exactamente qué planeas hacer con él?”

“Compraré un saco nuevo para mi padre y un nuevo abecedario para mí,” dijo Pinocho.

“¿Un abecedario?” preguntó el zorro con una voz vacilante.

“Sí,” dijo Pinocho. “Voy a la escuela a estudiar.”

“¿Estudiar?!” exclamó el zorro. “¿Sabes qué pasa cuando estudias? Yo traté de estudiar una vez y ahora mírame—¡soy cojo!”

“Yo también traté de estudiar una vez,” dijo el gato, “y ahora mírame—¡soy ciego!”

“Tú no necesitas estudiar ni trabajar,” dijo el zorro. “Sólo escúchame, niño mío. ¿Te gustaría ver cómo esas cinco monedas de oro se convierten en diez? ¿O veinte? ¿O cien? ¿O incluso mil?”

“¿De veras?” dijo el muñeco. “¿Cómo?”

“Pues, es muy fácil,” rió el zorro. “¿Conoces el lugar llamado el Campo de las Maravillas? Simplemente vas allá y haces un pequeño hoyo en el suelo. Después, lo cubres con un poco de tierra, le echas agua y te marchas. Durante la noche, tus

monedas de oro germinarán y crecerán. ¡Y por la mañana encontrarás un árbol cargado de monedas de oro!”

“¡Oh, qué maravilla!” gritó Pinocho. “¿Cómo puedo agradecerles? Ah, ya sé. Cuando haya recogido todas las monedas de oro, les daré cien.”

Pero el zorro exclamó, como si estuviera sorprendido y avergonzado, “¡Un regalo! ¡Para nosotros! No, realmente no podríamos aceptarlo. Para nosotros, es un gran placer llevar felicidad y riqueza a *los demás*.”

“Oh, sí,” dijo el gato, “ayudar a los demás es nuestra única recompensa.”

“¡Vamos, entonces!” exclamó Pinocho. “¡Vamos al Campo de las Maravillas!”

“Por supuesto,” dijo el zorro. “Pero ¿nos detendremos a cenar en el camino? Creo que una de tus monedas sería suficiente para que todos nosotros comamos.”

## **El regreso del grillo y el Campo de las Maravillas**

En la cena, el zorro y el gato se atiborraban de comida como si estuvieran comiendo para el resto de su vida. Pinocho no tenía mucha hambre, así es que salió para pensar en todo el dinero que pronto tendría. Escuchó una débil voz que lo llamaba.

### **ILUSTRACIÓN**

“¿Quién me está llamando?” preguntó Pinocho.

“Es el espíritu del grillo el que te habla,” dijo la voz.

“¿Qué quieres?” dijo el muñeco.

“Quiero darte algunos consejos,” dijo la voz. “Vuelve a casa y dale a tu padre las cuatro monedas de oro que te quedan. No escuches a aquellos que prometen hacerte rico de la noche a la mañana. Ellos son tontos o quieren hacerte tonto. Escúchame, Pinocho, y vete a casa.”

“No,” dijo el muñeco, “Voy a hacer lo que yo quiero.”

“Es muy tarde,” dijo la voz.

“Voy a hacer lo que yo quiero.”

“La noche está avanzada.”

“Voy a hacer lo que yo quiero.”

“Hay peligros más adelante.”

“Voy a hacer lo que yo quiero.”

“Recuerda que los niños que insisten en hacer lo que quieren, tarde o temprano, se arrepentirán de ello.”

“He escuchado todo eso antes,” dijo el muñeco terco.

Justo en ese momento salieron el zorro y el gato y se reunieron con él de nuevo. Juntos siguieron su camino al Campo de las Maravillas. Mientras caminaban, Pinocho seguía diciéndose a sí mismo: “¿Me pregunto cuánto oro dará el árbol? ¿Qué tal si da mil monedas? ¿O quizás dos mil? ¿O incluso cinco mil? ¡Oh, tendré un gran palacio, mil juguetes y una cocina llena de caramelos y pasteles!”

Finalmente, llegaron a un gran campo. No se veía a nadie. “Aquí estamos, mi pequeño amigo,” dijo el zorro. “Ahora, haz un hoyo y mete tus monedas dentro de ello.”

Pinocho cavó el hoyo, metió dentro de éste las cuatro monedas de oro que le quedaban, y las cubrió cuidadosamente con tierra. Luego, fue hasta un pozo cercano y llenó su zapato con agua. Regresó y la roció en el lugar donde había sembrado las monedas.

“¿Hay algo más que hacer?” le preguntó al zorro.

“Nada más,” dijo el zorro. “Ahora, simplemente tienes que abandonar este lugar durante veinte minutos. Y cuando vuelvas, encontrarás un árbol cubierto de monedas.”

“Gracias, gracias, un millón de gracias,” dijo Pinocho, saltando de alegría.

El zorro y el gato se fueron en una dirección y Pinocho, en otra. El contó los minutos, uno por uno. Cuando pensó que ya habían pasado los veinte minutos, regresó corriendo al Campo de las Maravillas. Llegó al campo y buscó un árbol pero no vio nada. Se volteó y miró en todas las direcciones—y no había nada. Entonces, escuchó a alguien riéndose. Miró arriba y vio a un gran loro sentado en un árbol.

Con una voz de enojo, Pinocho le preguntó, “¿Por qué te ríes?”

“Ah,” dijo el loro, “sólo porque me estaba haciendo cosquillas debajo del ala. Y porque siempre me río de los tontos que creen en todo lo que les dicen.”

“¿Te refieres a mí?” dijo bruscamente Pinocho.

“Sí, en efecto, me refiero a tí,” dijo el loro. “Eres lo suficiente tonto para pensar que el dinero puede crecer como los frijoles o las arvejas. ¿No sabes que, para ganar dinero honestamente, tienes que trabajar con las manos y con la cabeza?”

“Yo—yo no entiendo lo que quieres decir,” dijo Pinocho con voz temblorosa.

“Oh, pienso que sí,” dijo el loro. “¿Por qué no ves donde sembraste las monedas?”

Pinocho no quería creerle al loro. Sin embargo, se agachó y empezó a quitar la tierra del hoyo donde había sembrado las monedas. Escarbó y escarbó tanto que hizo un hoyo tan grande como él. Pero el dinero no estaba allí. Todas las monedas habían desaparecido. Y Pinocho sabía, al igual que tú, quién se las había llevado.

Con tristeza, Pinocho caminó de regreso al pueblo. En el camino, pasó por una pequeña cabaña y allí, sentada en la puerta, había una hermosa hada de cabello azul. “Pinocho,” gritó. “¿Qué pasó con tus monedas de oro?”

“Yo, este ..., vea, bueno, se me perdieron. Sí, eso es, se me perdieron,” tartamudeó Pinocho.

¡Apenas había dicho esto cuando la nariz le empezó a crecer y crecer!

“Pinocho,” dijo el hada, “Espero que hayas aprendido la lección.” Luego, llamó a una bandada de pájaros carpinteros, que le picotearon la nariz hasta que ésta regresó a su tamaño inicial. Desde entonces, siempre se podía saber cuándo Pinocho estaba mintiendo, porque la nariz le crecía y crecía.

Pinocho tiene muchas aventuras más. El conoce a un travieso niño llamado Lampwick. Ellos se salieron a hurtadillas de la escuela para irse a Juguetelandia. Pero, cuando Pinocho abandona Juguetelandia, se da cuenta que le han salido las orejas y la cola de un burro. El hada de cabello azul ayuda a Pinocho y éste decide que quiere convertirse en un niño de verdad. Antes de que esto suceda, él pasa por algunas pruebas muy difíciles—¡hasta se lo traga un tiburón gigante! Al final, Pinocho se reúne con Gepeto y se cumple su deseo: ya no es un muñeco sino un niño de verdad.

## La princesa y la arveja

(tomado de la historia de Hans Christian Andersen)

Había una vez un príncipe que quería casarse con una princesa. Pero no con cualquier princesa. El quería casarse con una *verdadera* princesa. Así es que recorrió todo el mundo en busca de una verdadera princesa.

Fue de reino en reino y conoció a muchas princesas. Por supuesto que todas ellas eran hermosas, talentosas, llenas de gracia y amables. Pero al príncipe nunca le parecía haber encontrado una princesa absoluta, total y completamente verdadera. De manera que, triste y desilusionado, regresó a casa.

De regreso al castillo, su madre, la reina, le preguntó, “¿Encontraste una princesa?”

“Oh, encontré a muchas princesas,” contestó el príncipe, “pero nunca estaba seguro de haber encontrado a una *verdadera* princesa.”

Esa noche hubo una tormenta terrible. Había relámpagos, los truenos retumbaban, el viento gemía y la lluvia arreciaba. En medio de la tormenta, se escuchó que llamaron a la puerta del palacio. El rey abrió la puerta y allí, parada en la lluvia, estaba una princesa. Y, ¡ay! ¡Dios mío! ¡Estaba hecha un desastre! Su cabello estaba chorreando agua, su ropa estaba rota y cubierta de lodo y salía agua de sus zapatos.

“¿Quién eres tú?” preguntó la reina.

“Soy una princesa,” dijo. “De veras. Una princesa de verdad.”

### ILUSTRACIÓN

“¡Bah!” dijo la reina y pensó: “¡Ya lo veremos!” La reina entró al dormitorio y sacó todas las sábanas y frazadas de la cama. Luego, puso una pequeña arveja sobre la cama y encima de ésta colocó veinte colchones, y encima de éstos, veinte almohadas rellenas de plumas. “Aquí dormirás esta noche,” le dijo a la princesa.

A la mañana siguiente en la mesa del desayuno, la reina le preguntó a la princesa, “¿Dormiste bien?”

“No, no del todo,” dijo la princesa. “Di vueltas en la cama toda la noche. Había algo muy duro y abultado en la cama—pues, me dejó moreteada por todas partes.”

Entonces, ella había sentido la arveja a través de los veinte colchones y veinte almohadas rellenas de plumas. La reina y su hijo se sonrieron el uno al otro. Sin duda, ¡sólo

una princesa de *verdad* podía ser tan delicada y sensible!

De manera que el príncipe se casó con ella y se sentía feliz por haber encontrado finalmente a una *verdadera* princesa.

¿Y la arveja? Pues la pusieron en exposición en un museo, donde todavía puede ser observada, si nadie se la ha llevado.

¡Y esa es, niños, una *verdadera* historia!

## El gato con botas

Había una vez un viejo molinero y, cuando murió, les dejó a sus tres hijos como herencia todo lo que poseía—que no era mucho. A su hijo mayor, le dejó su molino. A su segundo hijo, le dejó su mula. Y a su hijo menor, sólo le dejó su gato.

### ILUSTRACIÓN

El hijo menor miró con tristeza al gato y dijo: “¿Qué puedo hacer? Mis hermanos pueden cuidarse por sí mismos, pero ¿qué puedo hacer con tan sólo un gato? Supongo que podría comerte y vender tu piel, pero luego, ¿qué?”

Ahora bien, el gato escuchó todo esto, pero, por supuesto, como todos los gatos, fingía no prestar atención. Y cuando el joven terminó de hablar, el gato dijo claramente, “Mi buen amo, no hay de qué preocuparse. Simplemente tráigame una gran bolsa y un par de botas y arreglaré todo, ya verá.”

“¿Qué puede hacer un gato?” dijo el joven. Pero luego pensó, “¿Qué puedo perder?” Después de todo, había visto a este gato hacer muchos trucos ingeniosos para atrapar ratones. Así que le consiguió al gato una bolsa y un par de botas.

### ILUSTRACIÓN

El gato se puso las botas—y mirando sus patas embotadas, tuvo que admitir que se veía bastante bien con ellas. Luego, puso unos granos dentro de la bolsa. La agarró con sus dos patas delanteras y se fue a un lugar donde sabía que había muchos conejos. Puso la bolsa en el suelo y la dejó abierta de par en par, mostrando un poco de grano. Después, se tendió sobre el suelo cerca y se quedó muy quieto, como si estuviera muerto. Pronto un gordo conejo olió el grano y llegó saltando directamente a la bolsa. Y en un abrir y cerrar de ojos, el gato se levantó de un salto y atrapó al conejo.

Después de esto, el gato, con la bolsa en las patas, se fue al palacio y pidió hablar con Su Majestad, el rey. Fue llevado ante el rey, donde hizo una reverencia y dijo: “Señor, le he traído un lindo conejo gordo, un regalo de mi noble amo, el Marqués de Carabás.” El gato dijo con satisfacción el título que parecía elegante y había inventado en ese mismo momento para su amo.

“Dile a tu amo,” dijo el rey, “que acepto su regalo y estoy muy complacido con él.”

“Sí, Su Majestad,” dijo el gato y, después de hacer de nuevo una reverencia, se fue con sus botas.

Unos días después, el gato utilizó el mismo truco para atrapar algunas perdices y llevó la bolsa llena de aves al rey, quien volvió a quedar muy complacido. Y así continuaron las cosas por algún tiempo. Cada unos cuantos días, el gato llevaba al rey algo que había atrapado. El gato lo ofrecía como un regalo del gran y noble Marqués de Carabás. El Rey comenzó a imaginar que este Marqués era un famoso cazador y un hombre generoso, aunque, como tú y yo lo sabemos, era simplemente el hijo menor de un molinero pobre.

Entonces, sucedió un día que el gato escuchó que el Rey planeaba dar un paseo en su carruaje por la ribera del río. Y con el rey estaría su hija, que era, por supuesto, la princesa más hermosa del reino. Cuando el gato escuchó esto, fue a su amo y le dijo: “Amo, si usted hace exactamente lo que yo le digo, tendrá éxito. Lo único que tiene que hacer es ir a bañarse en el río, en un lugar que le mostraré, y dejar que me encargue del resto.”

“Bueno, me parece algo raro, pero está bien,” dijo el joven. El hizo lo que el gato le dijo, aunque no sabía para qué. Mientras estaba bañándose en el río, pasó por allí el carruaje del rey. Y justo en ese momento, el gato gritó, “¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Mi amo, el Marqués de Carabás, está ahogándose! ¡Sálvenlo, sálvenlo!”

El rey escuchó los gritos y miró por la ventana. Cuando vio que era el gato que le había llevado tantos regalos, ordenó a sus guardias que corran a rescatar al Marqués de Carabás. Mientras los guardias sacaban al joven del río, el gato corrió al carruaje, con el pelo completamente erizado. “¡Su Majestad!” dijo con voz entrecortada. “¡Los ladrones! ¡Los ladrones! ¡Asaltaron a mi amo, le robaron la ropa y lo tiraron en la parte más profunda del río! ¡Se hubiera ahogado si usted no hubiera pasado por aquí con sus hombres, justo a tiempo!”

El rey le dijo a uno de sus guardias que regresara al palacio y trajera un traje elegante para el Marqués de Carabás. Una vez que el joven se puso la ropa, estaba vestido más elegantemente de lo que nunca en su vida había estado, y parecía realmente un tipo apuesto. De manera que el rey lo invitó a subir a su carruaje, donde quién sino la princesa estaría esperando. El joven y la princesa intercambiaron algunas miradas en silencio y, como había planeado el gato, ese fue todo el tiempo que necesitaron para enamorarse.

### ILUSTRACIÓN

Mientras tanto, el gato corrió para adelantarse al carruaje. Llegó a un campo donde unos campesinos estaban recogiendo maíz, y les habló. “Buena gente,” dijo el gato, “el rey se acerca. Le dirán que este campo pertenece a mi amo, el Marqués de Carabás. Porque, si no lo hacen,” dijo entre dientes el gato, “¡serán cortados en pedacitos como verduras para una olla de sopa!” Después, el gato siguió corriendo hasta llegar a un campo aún más grande donde estaban trabajando unos campesinos, y también les ordenó que dijeran al rey que el campo le pertenecía al Marqués de Carabás, y volvió a decir entre dientes, “O si no, ¡serán cortados en pedacitos como verduras para una olla de sopa!” Y así continuó el gato, corriendo y deteniéndose en cada campo para dar la misma orden y hacer la misma advertencia.

Cuando el rey pasaba por los campos, él se asomaba por la ventana de su carruaje y decía: “¿Quién es el dueño de estos magníficos campos?” Y la gente, que había sido asustada por el gato, decía: “El Marqués de Carabás.” El rey estaba asombrado y le decía al marqués: “¿Posee muchas tierras buenas!” Y el marqués contestaba, con una voz un poco adormilada, como si hubiera escuchado esos comentarios toda su vida, “Sí, Señor, son muchas, ¿verdad?” Y la princesa empezó a pensar aún mas en el tipo apuesto.

Mientras tanto, el gato se había adelantado hasta llegar a un gran castillo. En este castillo, vivía el verdadero dueño de todos los campos. Era un ogro tacaño y cruel y tenía poderes increíbles: podía convertirse en el animal que quisiera. El gato se había enterado de estos poderes por algunos de los trabajadores de los campos, que le tenían miedo a su cruel amo. En el castillo, el gato dijo: “He venido a presentar mis respetos al dueño de este gran castillo y todos estos campos, porque he escuchado que es un hombre de grandes talentos.”

El ogro dejó entrar al gato. Este hizo una reverencia ante el ogro y dijo, “Me han dicho que usted tiene poderes para convertirse en cualquier tipo de animal—incluso, dicen que puede transformarse en león o en elefante.”

“Es verdad,” gruñó el ogro.

“¿Ah sí?” dijo el gato.

“¿Qué? ¿No me crees?” gritó el ogro. “¡Mira esto!” Y de pronto el gato vio ante él un león feroz. Lleno de miedo, el gato hizo un fuerte “¡MEE-YOWL!” Saltó y se escondió. Cuando el león se convirtió nuevamente en un ogro, el gato salió de su escondite y dijo: “Eso fue muy aterrador. ¡Realmente, vuestros poderes son asombrosos! Pero he escuchado que usted puede hacer algo todavía mas asombroso. La gente dice que usted puede transformarse en una criatura tan pequeña como un ratón. Pero seguramente que eso es imposible.”

“¡Imposible!” gritó el ogro. “¡Sólo observa!” Y en eso, se transformó en ratón y comenzó a correr deslizándose por el piso. Tan rápido como puedas decir “queso,” el gato se abalanzó sobre el ratón y se lo comió—¡y se acabó!

Para entonces, el carruaje del rey había llegado a la puerta del castillo. El gato corrió y, cuando abrió la gran puerta, anunció: “Su Majestad, bienvenido a este castillo, la casa de mi amo, el Marqués de Carabás.”

“¿Qué!” exclamó el rey. “¿Este castillo también le pertenece? Nunca he visto algo tan bello. En verdad, me gustaría entrar.”

“¡Su Majestad es bienvenido!” dijo el joven, haciendo una reverencia. Después, le dio la mano a la princesa y subieron las escaleras, todos detrás del gato, que iba saltando con sus botas, moviendo la cola.

### ILUSTRACIÓN

No te sorprenderá, estoy seguro, si te cuento que el Marqués de Carabás se casó con la princesa y que fueron muy felices juntos, y que el gato, el inteligente gato, vivió lleno de comodidades y nunca más tuvo que cazar ratones—salvo, claro está, cuando quería.